

Marco Negrón

Desequilibrios territoriales

Uno de los temas recurrentes en relación al sistema venezolano de ciudades insiste en los supuestos desequilibrios territoriales que lo caracterizan y que, según algunos, sería una de las causas explicativas de los problemas de la sociedad venezolana. El argumento mil veces repetido es que cerca del 60% de la población se concentraría en un espacio, el arco costero-montañoso, que representa apenas el 20% del territorio nacional. Un documento programático de febrero de 1999 del actual gobierno es, pese a la profecía incumplida, terminante al respecto: “Esta problemática está en la raíz de la casi totalidad de los problemas económicos, políticos y sociales que padecemos. Su gravedad es tal que puede por sí sola conducir a la paralización del país a corto plazo”.

Pero se calla que ese territorio de unos 182.500 km² supera en 50.000 km² la superficie de Inglaterra, cuya población, una de las más prósperas del mundo, prácticamente duplica la venezolana; su densidad, que ronda los 75 hab/km², resulta inferior incluso a la de una nación como Costa Rica: aun concentrando 24 de las 36 áreas metropolitanas mayores de 100.000 habitantes que existían en 2001, se trata de un territorio que está lejos de la congestión.

Por otra parte, ningún estudio confiable discute que los verdaderos motores de las economías contemporáneas residen en las áreas metropolitanas más que en los recursos naturales; uno de los más recientes, de diciembre de 2010, analizaba las 150 áreas metropolitanas de mayor dinamismo económico -entre las cuales, por cierto, no había ninguna venezolana- comprobando que, con apenas el 12% de la población mundial, generaban el 46% del valor agregado bruto.

El futuro de Venezuela exige reconocer que esa concentración de áreas metropolitanas en el arco costero-montañoso, antes que un hándicap, es una extraordinaria ventaja para alcanzar el desarrollo: esa relativamente alta densidad de ciudades, todavía sin embargo muy lejos de los umbrales de congestión, permite generar sinergias que valen mucho más que todas las reservas de petróleo con que cuenta el país y con mayor capacidad para dinamizar las regiones menos pobladas. Lo cual no quiere decir que ellas no presenten problemas, algunos graves y requeridos de acción urgente, pero que son producto de visiones como la citada en el primer párrafo: desde por lo menos la década de 1980 se comenzaron a mezquinar las inversiones para las principales áreas metropolitanas con el argumento falaz de que ellas sustraían dinamismo al resto del territorio, llegando al paroxismo con las alucinaciones del Eje Orinoco-Apure.

Pero aprovechar esa ventaja requiere de políticas territoriales radicalmente nuevas, enfocadas en una descentralización profunda y en una visión de ciudad que privilegie criterios de sustentabilidad y de inversión en bienes públicos. Temas que el espacio impide tratar ahora.

marco.negron@gmail.com